

EL CONVENTO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Kamila González
Derechos exclusivos de edición
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: febrero de 2026

ISBN: 978-956-408-903-4

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

EL CONVENTO

CÓMO FUI Y VOLVÍ DEL INFIERNO

KAMILA GONZÁLEZ

 Planeta

A mis padres.
Porque cuando todo parecía perdido,
ustedes fueron casa, refugio y verdad.
Este libro existe porque su amor
nunca dejó de buscarme.
Dios me dio el mayor regalo en ustedes.

Índice

Antes del caos	11
El viaje al sur	15
El umbral del silencio	19
Donde el silencio parecía paz	27
La visita	33
El regreso	41
El regreso al llamado	47
La puerta que se cierra	53
El silencio y las campanas	57
El eco de las voces	63
La visita del obispo	69
Bajo el mismo cielo	75
El llamado en la oscuridad	83
Cuando el silencio tuvo forma	93
Donde la fe tiembla	101
La llama que no se apaga	107
La risa detrás del torno	111
Cuando la fe comenzó a quebrarse	115
La noche del locutorio	119
Cuando el aire cambió	123
Los días del silencio	127
El día que la fe tembló	131
Cuando la casa de Dios dejó de respirar	135
Donde mi presente mira a mi pasado	141
Cuando las puertas se cerraron	145
Lo que no debía ver	151

El exorcismo	155
Cuando el silencio respiró	161
Cuando el cielo descendió	165
Cuando el cuerpo dejó de ser cuerpo	169
Los santos	173
El velo roto	181
El velo de las almas	189
Cuando el cielo se abrió	193
El Quinto Día: Cuando el Cielo y el Infierno Se Miraron a los Ojos	203
La salida de la oscuridad	209
Dios es más fuerte que todo	217
Los días después	221
La normalidad disfrazada	225
El tío Danilo	231
La noche del reencuentro y el té	235
Cuando la realidad todavía respiraba	239
La casa vuelve a latir	245
Lo que queda cuando se apaga la luz	249
Dios es amor	253
 Agradecimientos	 255

Antes del caos

Año 2010. Yo era una joven recién salida del colegio. Tenía la cabeza llena de sueños y la vida por delante.

Vivía entre la comodidad de mi casa y la inocencia de quien todavía no imagina que todo puede cambiar en un segundo. Era tranquila, estudiosa, algo ingenua. Me gustaba estar cerca de mis papás, sentirme protegida. Me costaba desprenderme de la infancia, aunque el mundo ya me pedía crecer.

Mis padres estaban separados desde hacía años; ambos habían formado pareja con otras personas, pero siempre se llevaron bien. Nunca hubo peleas ni rencores. Solo caminos distintos recorridos con respeto y cariño.

Yo vivía con mi mamá, su esposo, mi hermano y mis abuelos, pero hablaba a diario con mi papá; nos veíamos con frecuencia, y entre ellos existía esa complicidad serena de quienes aprendieron a quererse desde otro lugar. Fui una hija planeada y profundamente amada, y eso se notaba en los detalles más simples: el desayuno listo, los mensajes de buenas noches, las conversaciones que se extendían sin prisa y la profunda preocupación que siempre mostraron por mí, casi queriendo que jamás saliera de esa burbuja.

Mi hogar era cálido, luminoso, de esos lugares donde el amor no hace ruido, pero está en todas partes.

Recuerdo las tardes lentas de verano, el olor a pan tostado, la risa de mi mamá cuando algo le hacía gracia, y la voz de mi papá al teléfono, preguntándome si estaba bien.

Nunca me faltó nada esencial: ni afecto, ni apoyo, ni confianza. Crecí creyendo que el mundo era, en esencia, un lugar seguro.

Terminé el colegio sin mayores sobresaltos. Siempre fui responsable, de esas hijas que no dan problemas, que cumplen, que se esfuerzan sin cuestionar demasiado. Me gustaba estudiar, pero aún no tenía claro quién quería ser. Tenía amigas, salía de vez en cuando, soñaba con viajar, con tener mi independencia, con descubrir “mi camino”, aunque no supiera exactamente cuál era.

Me matriculé en Bachillerato en Ciencias. Sonaba razonable. Me interesaban las cosas relacionadas con la salud, pero no tenía una vocación definida. Todo parecía tan simple entonces. La vida se abría como un cuaderno nuevo, con las páginas limpias y listas para llenarse.

Ese verano llegó con una calma extraña. Habíamos perdido hacía poco a mi abuelo, y la Navidad recién pasada había sido distinta, más silenciosa y, por sobre todo, dolorosa. La casa se sentía rara sin su presencia, como si faltara un sonido de fondo al que todos estábamos acostumbrados. Con el tiempo, la pena fue bajando, y los días de enero y febrero se llenaron de ese calor lento y pesado que hace que todo parezca en pausa.

Yo pasaba mis días entre lecturas, conversaciones con mi mamá, salidas pequeñas. Mi papá me llamaba a diario, preguntaba por la universidad, por cómo estaba, por cualquier cosa que se me pasara por la cabeza, pero ningún día se ausentaba. Todo era tranquilo, normal, casi monótono. Nada hacía presagiar lo que vendría después.

Hasta que una invitación cambió el rumbo de todo.

Una sobrina de mi abuela —hija de su hermano— nos propuso pasar unos días de vacaciones en su casa, en el sur de Chile. No había nada raro en eso: era verano, y sonaba a una escapada familiar cualquiera. Aceptamos sin pensarlo mucho.

Al principio estaba feliz. Me encantaba preparar las cosas, imaginar el viaje, soñar con los paisajes del sur: los lagos, las montañas, las casas de madera, los días frescos. Pero mientras se acercaba la fecha, algo comenzó a incomodarme.

Era una sensación difusa, un peso en el pecho que no podía explicar. Una mezcla de ansiedad y presentimiento. A veces el cuerpo entiende antes que la mente.

Hoy, con los años, creo que era eso: mi intuición tratando de avisarme de algo que aún no podía nombrar.

Recuerdo perfectamente ese momento. Mi mamá estaba lavando ropa, y el sonido de la lavadora llenaba la casa. Yo me acerqué, insegura, y sin pensarlo dije:

—Mamá, no quiero ir.

Ella me miró sorprendida, y con una sonrisa tranquila me respondió:

—Anda, hija, disfruta. Tu abuela ya tiene todo listo.

No insistí. No supe cómo explicar esa incomodidad que no tenía forma.

Ambas, hasta el día de hoy, recordamos esa conversación con una mezcla de arrepentimiento y desasosiego.